

La noche de los feos

Mario Benedetti

Ambos somos feos. Ni siquiera vulgarmente feos. Ella tiene un pómulo hundido. Desde los ocho años, cuando le hicieron la operación. Mi asquerosa marca junto a la boca viene de una quemadura feroz, ocurrida a comienzos de mi adolescencia.

Tampoco puede decirse que tengamos ojos tiernos, esa suerte de faros de justificación por los que a veces los horribles consiguen arrimarse a la belleza. No, de ningún modo. Tanto los de ella como los míos son ojos de resentimiento, que sólo reflejan la poca o ninguna resignación con que enfrentamos nuestro infortunio. Quizá eso nos haya unido. Tal vez unido no sea la palabra más apropiada. Me refiero al odio implacable que cada uno de nosotros siente por su propio rostro.



Nos conocimos a la entrada del cine, haciendo cola para ver en la pantalla a dos hermosos cualesquiera. Allí fue donde por primera vez nos examinamos sin simpatía pero con oscura solidaridad; allí fue donde registramos, ya desde la primera ojeada, nuestras respectivas soledades. En la cola todos estaban de a dos, pero además eran auténticas parejas: esposos, novios, amantes, abuelitos, vaya uno a saber. Todos -de la mano o del brazo- tenían a alguien. Sólo ella y yo teníamos las manos sueltas y crispadas.

Nos miramos las respectivas fealdades con detenimiento, con insolencia, sin curiosidad. Recorrí la hendidura de su pómulo con la garantía de desparpajo que me otorgaba mi mejilla encogida. Ella no se sonrojó. Me gustó que fuera dura, que devolviera mi inspección con una ojeada minuciosa a la zona lisa, brillante, sin barba, de mi vieja quemadura.

Por fin entramos. Nos sentamos en filas distintas, pero contiguas. Ella no podía mirarme, pero yo, aun en la penumbra, podía distinguir su nuca de pelos rubios, su oreja fresca bien formada. Era la oreja de su lado normal.

Durante una hora y cuarenta minutos admiramos las respectivas bellezas del rudo héroe y la suave heroína. Por lo menos yo he sido siempre capaz de admirar lo lindo. Mi animadversión la reservo para mi rostro y a veces para Dios. También para el rostro de otros feos, de otros espantajos. Quizá debería sentir piedad, pero no puedo. La verdad es que son algo así como espejos. A veces me pregunto qué suerte habría corrido el mito si Narciso hubiera tenido un pómulo hundido, o el ácido le hubiera quemado la mejilla, o le faltara media nariz, o tuviera una costura en la frente.

La esperé a la salida. Caminé unos metros junto a ella, y luego le hablé. Cuando se detuvo y me miró, tuve la impresión de que vacilaba. La invité a que charláramos un rato en un café o una confitería. De pronto aceptó.

La noche de los feos

Mario Benedetti

La confitería estaba llena, pero en ese momento se desocupó una mesa. A medida que pasábamos entre la gente, quedaban a nuestras espaldas las señas, los gestos de asombro. Mis antenas están particularmente adiestradas para captar esa curiosidad enfermiza, ese inconsciente sadismo de los que tienen un rostro corriente, milagrosamente simétrico. Pero esta vez ni siquiera era necesaria mi adiestrada intuición, ya que mis oídos alcanzaban para registrar murmullos, tosecitas, falsas carrasperas. Un rostro horrible y aislado tiene evidentemente su interés; pero dos fealdades juntas constituyen en sí mismas un espectáculo mayor, poco menos que coordinado; algo que se debe mirar en compañía, junto a uno (o una) de esos bien parecidos con quienes merece compartirse el mundo.

Nos sentamos, pedimos dos helados, y ella tuvo coraje (eso también me gustó) para sacar del bolso su espejito y arreglarse el pelo. Su lindo pelo.

“¿Qué está pensando?”, pregunté.

Ella guardó el espejo y sonrió. El pozo de la mejilla cambió de forma.

“Un lugar común”, dijo. “Tal para cual”.

Hablamos largamente. A la hora y media hubo que pedir dos cafés para justificar la prolongada permanencia. De pronto me di cuenta de que tanto ella como yo estábamos hablando con una franqueza tan hiriente que amenazaba traspasar la sinceridad y convertirse en un casi equivalente de la hipocresía. Decidí tirarme a fondo.

“Usted se siente excluida del mundo, ¿verdad?”

“Sí”, dijo, todavía mirándome.

“Usted admira a los hermosos, a los normales. Usted quisiera tener un rostro tan equilibrado como esa muchachita que está a su derecha, a pesar de que usted es inteligente, y ella, a juzgar por su risa, irremisiblemente estúpida.”

“Sí.”

Por primera vez no pudo sostener mi mirada.

“Yo también quisiera eso. Pero hay una posibilidad, ¿sabe?, de que usted y yo lleguemos a algo.”

“¿Algo cómo qué?”

“Como querernos, caramba. O simplemente congeniar. Llámeme como quiera, pero hay una posibilidad.”

Ella frunció el ceño. No quería concebir esperanzas.

“Prométame no tomarme como un chiflado.”

“Prometo.”

“La posibilidad es meternos en la noche. En la noche íntegra. En lo oscuro total. ¿Me entiende?”

“No.”

La noche de los feos

Mario Benedetti

“¡Tiene que entenderme! Lo oscuro total. Donde usted no me vea, donde yo no la vea. Su cuerpo es lindo, ¿no lo sabía?”

Se sonrojó, y la hendidura de la mejilla se volvió súbitamente escarlata.

“Vivo solo, en un apartamento, y queda cerca.”

Levantó la cabeza y ahora sí me miró preguntándome, averiguando sobre mí, tratando desesperadamente de llegar a un diagnóstico.

“Vamos”, dijo.

No sólo apagué la luz sino que además corrí la doble cortina. A mi lado ella respiraba. Y no era una respiración afanosa. No quiso que la ayudara a desvestirse.

Yo no veía nada, nada. Pero igual pude darme cuenta de que ahora estaba inmóvil, a la espera. Estiré cautelosamente una mano, hasta hallar su pecho. Mi tacto me transmitió una versión estimulante, poderosa. Así vi su vientre, su sexo. Sus manos también me vieron.

En ese instante comprendí que debía arrancarme (y arrancarla) de aquella mentira que yo mismo había fabricado. O intentado fabricar. Fue como un relámpago. No éramos eso. No éramos eso.

Tuve que recurrir a todas mis reservas de coraje, pero lo hice. Mi mano ascendió lentamente hasta su rostro, encontró el surco de horror, y empezó una lenta, convincente y convencida caricia. En realidad mis dedos (al principio un poco temblorosos, luego progresivamente serenos) pasaron muchas veces sobre sus lágrimas.

Entonces, cuando yo menos lo esperaba, su mano también llegó a mi cara, y pasó y repasó el costurón y el pellejo liso, esa isla sin barba de mi marca siniestra.

Lloramos hasta el alba. Desgraciados, felices. Luego me levanté y descorrí la cortina doble.

FIN

La noche de los feos

Mario Benedetti

ANTES DE LEER: REFLEXIONES

1. ¿Qué importancia tiene la apariencia física en la vida? ¿Se debe juzgar a una persona por su apariencia?

2. ¿Cómo reacciona la gente cuando ve a alguien con un defecto físico? ¿Es comprensible esta reacción? ¿Es apropiada?

3. Piensa en alguien con un defecto u otro tipo de impedimento físico. ¿Qué actitud tiene esta persona hacia su propio impedimento? (¿Crees que a él o a ella le molesta, lo acepta, lo ignora, lo odia, trata de superarlo, se lamenta de su suerte?)

4. ¿Cuál sería la reacción apropiada de alguien con un impedimento cuando ve a otra persona con un impedimento parecido?

DESPUÉS DE LEER

1. Describe al hombre y a la mujer incluyendo una descripción física y otra de temperamento o psicológica. ¿Qué tienen en común?

2. ¿Por qué sienten una especie de solidaridad entre ellos?

3. ¿Dónde se conocieron el narrador y la mujer? ¿Qué les atrajo?

La noche de los feos

Mario Benedetti

4. El narrador describe a las otras parejas en la cola como “auténticas parejas” ¿Por qué no constituyen el hombre y la mujer una auténtica pareja?

5. ¿Quiénes son los “hermosos cualesquiera” a quienes se refiere el narrador?

6. ¿Por qué dice el narrador que reserva su hostilidad para su propio rostro, para los rostros de “otros feos” y para Dios?

7. ¿Por qué el narrador no siente piedad por otros con defectos físicos?

8. ¿Cuándo es la primera vez que hablan?

9. Cuando entran en la confitería, ¿cómo sabe el narrador qué tipos de reacciones tienen las personas que están allí? ¿Cómo es distinta la reacción de la gente comparada con las reacciones que el narrador ha experimentado en otras ocasiones?

10. La proposición que le ofrece el hombre a la mujer, ¿por qué incluye la oscuridad total? ¿Qué le proporciona a la pareja la promesa de la oscuridad?

11. ¿Por qué el hombre además de apagar la luz, cierra las cortinas también?

La noche de los feos

Mario Benedetti

12. Cuando el narrador se refiere a “aquella mentira que yo mismo había fabricado” ¿qué está infiriendo? ¿Por qué es necesario acabar con esa mentira? ¿Qué hizo él para acabar con la mentira?

13. ¿Por qué lloró la mujer?

14. ¿Por qué lloraron los dos al final del cuento?

15. Al final del cuento, el hombre abre las cortinas. ¿Qué simboliza esta acción?

Escribe una composición en un documento Word a doble espacio examinando la importancia de la apariencia física y la validez de juzgar a otros por las apariencias. Incluye aspectos del cuento para apoyar tus argumentos.

Sigue esta pequeña guía para que tu escrito tenga organización y sea cohesivo y coherente.

1. Piensa en ejemplos de tu propia vida o de la vida en general sobre la importancia de la apariencia física. Prepara una introducción de lo que significa este concepto.
2. Haz una lista de los ejemplos de la apariencia física que ocurren en el cuento.
3. Incluye los pensamientos del hombre y las reacciones de los dos personajes.
4. Reescribe la introducción y escribe una conclusión.
5. Cuando hayas escrito tu borrador, revísalo, asegurándote que tus ideas tienen un orden lógico y fluyan bien. Haz las correcciones necesarias.
6. Dale un título interesante.
7. Antes de entregar tu composición, revísala y asegúrate que:
 - a. Has usado un vocabulario correcto y variado.
 - b. No uses ser, estar y haber con mucha frecuencia (es preferible usar verbos más expresivos)
 - c. Hay concordancia entre los adjetivos, y artículos y los sustantivos a que se refieren.
 - d. Hay concordancia entre los sujetos y los verbos.
 - e. El subjuntivo se usa cuando sea apropiado.
 - f. El pretérito y el imperfecto se han usado correctamente.
 - g. Asegúrate de no tener errores de ortografía ni de acentuación.